

damento material de la fuerza que sostiene todo pacto. Una vez más, lo simbólico ocultaba en lo jurídico el campo de las fuerzas reales.

Ese fue el efecto más nefasto que ayudó a producir la intelectualidad alfonsinista: la separación entre el símbolo y lo simbolizado. Ese pacto excluía la profundización del poder de la mayoría activa, se movía en un imaginario ajeno, decía ser «moderna» porque copiaba los modelos europeos, de economías de abundancia. Como si la abundancia distante ocultara también la disimetría que allí tapaba, redoblada para nosotros. Reconocían a lo corporativo como fundamento realista de esta nueva socialidad. En el pacto social, jurídico, se verifica una nueva trampa política. Inscriptos todos como iguales formalmente, se oculta la materialidad que los sustenta: la disímil fuerza que representan. Cada corporación tiene su poder propio, poderoso. Sólo la representación de los intereses populares no tiene apoyatura real, materialidad propia, cosa que sí pasa con las corporaciones. Porque en el pacto jurídico allí sí los intereses representados del poder consolidado coinciden con la materialidad misma que los sustenta. El pueblo es el convidado de piedra, inerte. Es decir, otra vez las distancias encubridoras, el código fundamental del liberalismo presente en aquel campo que antes esa izquierda, ahora socialdemócrata, criticaba con la filosofía marxista a la metafísica de derecha.

*¿Hasta dónde llega el actual debate de ideas? ¿Es sincero?*

La «sinceridad» está a nivel de la conciencia y de las intenciones: encubre lo que la sustenta. Lo plantearía, en cambio, en un nivel que está por debajo, sobre el cual se apoya la conciencia, y que responde a una decisión más básica. Creo que a nivel conciente casi todos somos sinceros. Pero hay una insinceridad fundamental que está referida una vez más a la angustia de muerte, a la ruptura de los propios límites: a las ganas o a la fuerza (o al masoquismo, dirían otros) de asumir los propios contenidos, reprimidos o no, que hace que simultáneamente tanto lo que imaginamos, como lo que pensamos y la realidad (o lo real) que nos damos varien: no hacerse trampas. No es sólo cuestión de sinceridad a nivel de las ideas, lo cual no quiere decir que esta comprensión no las incluya. El lenguaje pone en juego algo más que el significante: pone el cuerpo y la coherencia sim-

bólica sentida en el afecto. Pero lo importante y extraño es que, pese a todo, eso mismo, esa coherencia sentida, afectiva, corporal por lo tanto, se revela y aparece en lo que el intelectual escribe o habla, en su «discurso», como se dice. No hay una sinceridad que lo sostenga desde atrás de él, como su sombra verdadera, garante de sí mismo al que hay que remitirse para comprenderlo: está de cuerpo presente en la escritura si la referimos a la realidad en la que su cuerpo cultural existe. La distancia que el intelectual mantiene consigo mismo es una relación que se hace evidente fuera de él, y es la que nosotros podremos ver para entenderlo. Por eso, los que escriben necesitan de los otros para progresar en el propio pensamiento. Sólo que a veces hay que descifrarlo, es decir situarlo. Porque la escritura es cuerpo escribiente, que se estruja para decirse. Pero no hay cuerpo aislado. Todo significativo lo tiene como su significado. Y ese cuerpo que escribe es el lugar hacia el cual confluje la materialidad significativa del mundo. Aparece cuando lo situamos no en su intención, sino en la realidad para la que habla o escribe.

*¿Estamos acorralados?*

Vivimos en un país «terminal», en el sentido de estación «terminus»: de haber llegado al final del camino. Sentimos la desprotección, el desamparo, cuando las cosas a nuestro alrededor cambiaron tanto y también nos amenazan. Hacer las mil cosas, o las pocas que la vida exige día a día, pide continuamente actos de coraje para poder seguir viviendo, imaginando o pensando. Sobre todo si tenemos que hacerlo sobre el fondo del telón pintado de esa Arcadia estúpida y edulcorada del pensamiento y las imágenes neoliberales que a la gente se le ofrece para vivir lo que cada día se les niega. El poder sigue actuando con la impunidad que la dictadura militar le acordó, y sin eso el fenómeno Menem no existiría: la impunidad de los crímenes pasados lo protege del remate inocuo y feroz que realiza de nuestra riqueza histórica. Es decir, de la soberanía popular que sostiene al país real y no a la soberanía vacía, de utilería, para la cual presta su caución, desvirtuando el mandato de quienes le votaron. Creen que en la realidad ya nada va a ser posible que los detenga, ni siquiera es necesario tener en cuenta a los otros para hacer lo que se hace: los otros no existen, han desaparecido como personas reales. Pue-

den realmente desaparecer: cuentan con lo mismo, la disuasión por las armas o la seducción por la mentira. Nunca la distancia fue mayor entre lo que se enuncia y lo que se muestra. No hay nada oculto, salvo el monto cuantitativo de lo negociado.

Y hablando de lo mismo, ahora del contorno, de lo que le espera a América Latina. Nunca la Unión Soviética fue santa de mi devoción, pero ahora uno se da cuenta de que, en alguna manera, contaba con que la URSS era —a pesar de todo— un muro de contención frente al imperialismo norteamericano. Hasta contaron con ella los militares en la guerra de las Malvinas. A pesar de lo que era, sin embargo, no podíamos desear que desapareciera del todo porque también aparecía la amenaza de desaparecer nosotros con ella. Deseábamos que se transformaran recuperando la fuerza y el empuje político del socialismo que había desvirtuado. Creo que ahora se siente fuertemente esta desprotección que hace que los norteamericanos invadan Panamá, hace que la Santa Sede infrinja el derecho de asilo y entregue a un refugiado, aunque ese refugiado no nos guste. Tenemos que comprender al mundo desde otras firmezas, más difíciles, porque la simplicidad con que lo pensábamos antes no nos sirve. Antes había que descubrir lo que ahora es visible para todos. Ahora son otras cosas las que se han convertido en invisibles. Hay que mirar desde otro lugar propio, que debe ser creado, para describir adecuadamente la nueva complejidad de lo que nos pasa a todos.

Lo que la izquierda dice ya no entra en casi nadie: no tiene en cuenta que el obstáculo ahora es diferente, a pesar de que los principios de los cuales se parte parezcan ser los mismos que antes. Tenemos que comprender que hay una nueva densidad trabajada por la derecha que a partir del terror se decantó en la gente en muchos niveles: como modificación del lenguaje, como modificación imaginaria y, por tanto, como modificación del cuerpo sintiente. Hay otra estrategia de dominio en juego.

*¿Por qué quienes se reivindican democráticos apoyan desde adentro, y desde afuera, a estos regímenes de democracia restringida o protegida?*

Primero: la democracia hay que apoyarla, aunque nos controlen en ella. Permite demostrar y vivir la diferencia entre lo que se dice y lo que se hace, y exigir el cumplimiento de lo que las leyes nos acuerdan como de-

rechos. Esto delimita un campo de vida diferente y más amplio. Que se lo viva o no es otra cosa; que nos lo restrinjan y esa restricción podamos plantearla como indebida, también es otra. Esta diferencia no es para desdenarla. No podemos arrojarla por la borda como el peso muerto de nuestras esperanzas defraudadas.

Otra cosa es el posibilismo, tanto radical como peronista. Aquí lo posible se confundía con lo dado. Son aquéllos que han aceptado el realismo de la situación histórica actual como inamovible. Se han rendido a la realidad, han aceptado todo este campo internacional, casi universal, que ha sido ganado por el neoliberalismo o por el fracaso del socialismo. Es como si ese fracaso signara para siempre la desaparición de una posibilidad diferente de transformar la realidad y la política, aún desde el mísero lugar que ocupa la Argentina. Pero aun si fuéramos el último de los justos deberíamos proclamar la irracionalidad y la mentira del poder que así conquista al mundo. Aunque uno se quede solo tendría que pensar contra los demás si piensa que la verdad pasa por allí donde los otros la niegan. El loco, visto desde el presunto cuerdo, no dice «locuras»: dice la verdad en su delirio. Si uno piensa que la verdad pasa por la estructura contradictoria nacional, que en ella sigue debatiéndose, aunque el contexto internacional tienda ahora a lo opuesto, se tiene que contribuir a crear las fuerzas adecuadas para que esa verdad pueda ser juzgada. Y esto sin desconocer los enfrentamientos o los límites. Allí también reside la inteligencia política, no en la mera concesión como forma de gobierno. Yo no creo en la disyuntiva de Max Weber entre la ética de la responsabilidad y la ética de los principios. Esto se verificó en el alfonsinismo: se acentuó la «responsabilidad» cediendo en los principios: perdió en ambos y quedó como irresponsable. Ese sentido de la responsabilidad realista estaba sostenido por el terror, la única brújula, sin sopesar lo que podría haber del otro lado para oponerle. Así había que organizar la realidad a partir de lo que el terror dejó habilitado con sus límites. Esa realidad así amojonada es la única desde la cual pueden pensar, y en la medida en que incrementan el poder de la muerte en el presente para soslayarla, y abandonan el sentido del pasado, están poniendo la muerte en el futuro. El futuro va a ser la repetición del presente, y nada más que eso. De allí el desalojo de la utopía.

*¿Podrías aproximarte a una definición del sujeto histórico a la luz de nuestra realidad?*

El sujeto histórico, es evidente, está haciendo crisis ahora. Es lo que estaba presente, aún en Lukács, era la clase tomando conciencia de sí misma. Tomar conciencia de lo reprimido permitía pasar de la alienación individual a la liberación de clase. Era como realizar el sueño al despertarse. La clase tenía la responsabilidad de tomar a su cargo el proceso revolucionario: era su destino. Así pensada la clase era un concepto metafísico. Pero el contenido específico de lo que correspondía a la subjetividad de clase, todo lo que la derecha y la opresión habían insemñado en la clase obrera como positividad propia, en el caso nuestro la figura de Perón mismo, todos estos «prejuicios» de clase, que eran virtudes para la clase obrera, que no eran «de clase» en el sentido marxista, sino de clase en última instancia burguesa, era lo que tenía y tiene de burgués el proletariado mismo. Todos nosotros estamos amasados de lo mismo. Con esos contenidos y esas formas, la conciencia de sí como clase podía ser cualquiera, para el caso la conciencia de sí como clase peronista, superior a la conciencia de clase «puramente» obrera. Pues lo que funcionaba para la izquierda era el concepto de clase definido por la conciencia, y la conciencia aparecía inscripta en el campo de la aceptación dogmática de la política o de la economía, referente fundamental de todo cambio. Por eso pudo pensarse que la transformación puramente económica iba a transformar la sociedad, como si desde arriba, en la unificación política del poder económico, yendo hacia abajo, se pudiera transformar todo a través de determinaciones en la producción y reproducción elevadas a la lucha política dirigida desde el Estado. O que la ideología, formulada abstracta, rutinaria, dogmáticamente, del marxismo soviético, y de los marxistas en general que fueron ortodoxos, pudieran determinar el sentido, el campo de la experiencia real, que había que plantear en la historia concreta.

Si no bastaba para ello el stalinismo, también la estrategia de la dominación en el capitalismo desarrollado transformó ese planteo que antes parecía válido. Conocemos las modificaciones que acompaña a la tercera revolución, la tecnológica, que se operó en el proceso productivo, la profundización y expansión de la manipula-

ción feroz que ha operado. Además, como hemos visto, el socialismo llamado «real» ha fracasado como modelo democrático, económico y político. ¿Qué pasa cuando la clase obrera aparece no sólo reducida sino adormecida, disminuida, y hasta satisfecha en el capitalismo? Aparecen, por otra parte, los síntomas básicos del malestar y del desequilibrio vividos, que atraviesan a todas las clases, como un planteo que las pone en duda a todas. Toda la sociedad está en crisis dentro de su abundancia. Los drogadictos, los homosexuales, las feministas, los problemas raciales, la pobreza de grandes masas minoritarias: todos modos de la vida cotidiana que emergen mostrando tozudamente la existencia de malestares no resueltos. No está solamente en la derecha, sino que está también en los sujetos de la clase obrera que no quieren superar su condición de clase que sigue siendo, pese a todo, sometida. Esos aspectos de la complacencia eran los aspectos relegados y negados de la clase por la clase metafísica: la clase idealizada. Como si en ella no existiera la prostitución, la homosexualidad, el despotismo sobre la mujer, y la droga. ¿Todo el proletariado tiende a convertirse en lumpen? Si es así, cambia la óptica de la lucha: hagamos la revolución, dirán entonces, con el lumpen-proletariado, el único proletariado existente, aunque eso caiga fuera del idealismo de la conciencia de sí de la clase.

Pero también caían, quedaban fuera, muchas otras cosas que no convenía asignar a la conciencia obrera. Y sin embargo hay que reivindicar y afirmar el poder de la corporidad de clase. Sobre todo entre nosotros, donde los principios satisfactorios del capitalismo socialdemócrata son imposibles: no estamos en Europa. La necesidad insatisfecha, la humillación y el desprecio siguen siendo un verificador de la contradicción de clases, por lo menos de clases de hombres. En ese sentido, el cuerpo de la clase obrera está atravesado, y también nosotros, fundamentalmente en lo económico y en lo político, por determinaciones de la clase antagónica a la clase obrera y que la inficionó completamente y le impide comprenderse y comprender la expansión posible de sí misma. Y que aparece cerrado ahora con la moda del liberalismo privatista, que impuso sus categorías en todos los órdenes de la vida, aun en los procesos más subjetivos. Pero la negación de estas ideas reposa en la materialidad de la vida cotidiana, que las niega. Y sigo pensando